

tires, conforme al tenor de la sentencia, se pusieron, con sus cabezas, sobre las murallas viejas del castillo de Oxonia, adonde los ministros herejes fueron despues á verlas con grande contento y regocijo; y como las viesan muy lindas, con la rabia y espíritu diabólico que traen consigo, arremetieron á ellas y les dieron muchas cuchilladas en las caras, para afeirlas y desfigurarlas; y por esta causa, los jueces despues las mandaron quitar y ponerlas, con sus cuartos, sobre las puertas de la ciudad.

Allí colgaron los cuartos delanteros de tal manera, que las manos de todos caian hácia abajo; pero fué cosa maravillosa que la mano derecha del sacerdote Jorge se halló de suyo levantada hácia arriba y como amenazando á la ciudad; y aunque los herejes procuraron (como suelen) escurecer esta maravilla, y sembraron que era cosa natural y algun encogimiento de nervios, todavia todos los católicos y los más de los mismos herejes entendieron que era obra sobrenatural y propia del Señor; porque, habiéndose cocido aquellos cuartos en agua hirviendo, no veían cómo se pudiese causar aquel encogimiento de nervios que los otros decían, especialmente acordándose que el dicho padre, estando delante de los jueces, y viendo la maldad y injusticia con que los condenaban, aún contra las mismas leyes del reino, les habia dicho que advirtiesen bien que habia otro juez más grande y poderoso, que les tomara residencia y condenaria aquella impiedad con pena eterna. Y como no le quisieron oír vivo, parece que nuestro Señor quiso que muerto los amenazase y predicase. Confirmóse esta opinion por la que comunmente tenia todo el pueblo de la santidad del padre Jorge, y del fervor, celo, caridad y alegría con que continuamente se habia ocupado seis años por toda aquella tierra en ganar ánimas para Dios. Y porque se acordaban de algunas cosas notables y maravillosas que Dios habia obrado por él en este santo misterio. Entre ellas fué una, que estando un mancebo hereje, llamado Areot, preso en el castillo de Oxonia, por haber sido ladrón famoso y por muchos gravísimos delitos que habia cometido, algunos católicos que en la misma cárcel estaban presos con él, le comenzaron á persuadir que reconociese sus culpas, y se volviese á Dios y á la fe católica, y que pues habia de morir, que muriese como católico y tomase aquella muerte en pago de sus graves culpas. Y como el mozo era de buen natural y entendimiento, abrió el corazón al rayo de la divina luz, y mostróse aparejado para hacer lo que los católicos le aconsejaban. Ellos dieron aviso por cartas al sacerdote Jorge, y él les dió la orden que habian de tener para disponer aquel ánima á reconocer y llorar sus culpas, y aparejarse á confesarlas al tiempo que él avisaria; y guardándose la orden que él habia dado, el ladrón, con la divina gracia, vino á tener tan grande sentimiento de sus pecados, que de noche y de dia no hacia sino derramar lágrimas, deseando ya morir por satisfacer á Dios por ellos. Fué avisado una noche que la mañana siguiente

habia de morir, y luego se fué á los católicos, y echándose en el suelo, dijo: «Héme aquí, señores padres y maestros míos; héme aquí, yo muero, y muero sin confesion.» Pasó toda aquella noche en llorar sus pecados y hacer penitencia, y rogar á Dios que no le desamparase en aquella necesidad. La mañana siguiente se publicó la justicia que se habia de hacer. Concurrió grandísima multitud de gente de toda aquella comarca, por ser el ladrón muy conocido y famoso. Entre los otros que vinieron, vino el buen Jorge, que habia sido avisado de los católicos; pero disimulado y en hábito de caballero, y entró como pariente del ladrón en la cárcel, y como quien venia para visitarle y consolarle. Despues de haberse saludado en presencia de todos, se apartaron un poco de la gente, debajo de un árbol que estaba en el patio de la cárcel, y allí, como quien le consolaba y exhortaba á la muerte, le estuvo hablando, y el ladrón se confesó con grandísima abundancia de lágrimas, y el sacerdote Jorge secretamente le dió la absolucion, y abrazándose, se despidió dél, y se salió de la cárcel sin ser conocido. Luego el ladrón se declaró por católico, y por más asaltos que los herejes le dieron, nunca le pudieron trocar ni pervertir; antes, cuando le llevaron á la horca, con grande alegría dijo que si tuviera mil vidas, las diera todas de muy buena gana por la confesion de la fe católica; y decia esto con tanto afecto y devocion, que besaba los instrumentos de su muerte, las ataduras, la soga, la escalera, la horca, hasta al mismo verdugo; causando admiracion la mudanza que el Señor habia obrado en el corazón de un salteador de caminos, y dando confianza de perdon á cualquiera pecador, por grave que sea, que se quisiere convertir, y mostrando la fuerza que tiene para convertir ánimas la religion católica, que en esto (como en las demas cosas) es divina, y es diferentísima de todas las sectas de infieles y herejes, y de cualquiera falsa religion.

#### CAPÍTULO IV.

Otros mártires que murieron en Londres.

El año de mil quinientos y noventa fueron presos Eduardo Jones y Antonio Mideltono, sacerdotes. El primero habia estado muchos años en Inglaterra y hecho grande fruto en las almas; porque, como tenia poca barba y parecia de pocos años, no le tenían por sacerdote, y así podia estar más disimulado. El segundo habia poco antes venido á Inglaterra; mas, porque era hombre fervoroso y de grande talento en el predicar, tuvo grande nombre entre los católicos, y por esto mismo fué muy aborrecido y perseguido de los herejes. Ambos fueron presos en Londres por engaño de ciertas espías, que, siendo herejes, para descubrirlos y cogerlos mejor, se fingian católicos. Luego que los prendieron, hicieron levantar dos horcas delante de las casas donde fueron presos, y sin examinar la causa, ni hacer proceso, ni dar sentencia, fueron ahorcados y descuartizados, y puesto un título sobre las horcas con estas palabras: *Por*

*traicion y por favorecer la invasion deste reino, que pretenden los forasteros; queriéndolos hacer con esta deshonra más odiosos al pueblo. Mas claramente se ve que la inocencia y constancia de los justos puede más que la malicia y artificio de los herejes; porque en la ciudad de Londres, donde ellos padecieron, el pueblo que estaba presente cuando martirizaban algun católico, solia ántes dar voces y á grandes gritos llamarle traidor, y despues acá no lo hace; ántes los más callan, y vuelven á sus casas tristes, melancólicos y confusos.*

El padre Antonio Mideltono, estando sobre la escalera para ser colgado, pidió licencia para hablar cuatro palabras al pueblo, y no le fué concedida, y dijo: «Pues que no puedo hablar largo, solamente os digo que yo llamo á Dios por testigo que me dan la muerte por la religion católica romana, y por ser sacerdote y predicar la palabra de Dios, y suplico á su divina Majestad que acete esta muerte en remision de mis pecados, y que con ella se confirmen en su santa fe los católicos y se conviertan los herejes. A estas palabras respondió un caballero que estaba á caballo entre la otra gente para ver aquel espectáculo: «Bien habeis dicho, padre, y muy á propósito, y eso basta»; el cual, con otro caballero compañero suyo, fué luego preso y llevado á la cárcel.

En el principio de cuaresma hicieron morir en Londres al padre Cristóbal Vales, sacerdote, mas en diferente manera, porque fué con capa de justicia y por via de proceso, y porque, siendo sacerdote ordenado con autoridad del Papa, y estado en Roma, habia entrado en Inglaterra, contra sus leyes, y por esta sola causa fué condenado. Antes le atormentaron cruelísimamente para saber dónde habia dicho misa, y quién le habia acogido en su casa y sustentado, y le tuvieron casi veinte y cuatro horas colgado en el aire, descoyuntándole; mas fué tan grande su constancia, sufrimiento y modestia, que edificó extrañamente á los católicos y admiró á los herejes.

Al tiempo de pronunciar la sentencia, preguntándole los jueces si tenia más que alegar en su defensa, dijo: «Una sola cosa me queda por preguntar. Si san Agustin, el que fué enviado de san Gregorio papa á Inglaterra, y fué el predicador y maestro de su fe, haya sido traidor ó no.» Y respondiendo ellos que no, dijo el Santo: «Pues ¿por qué me acusais y me condenais á mí á la muerte como á traidor, que he sido enviado á Inglaterra de la misma Silla Apostólica que envió á Agustin, y he venido para el mismo fin que vino él, y no se me puede oponer cosa que no se haya podido oponer á san Agustin?» Pero no aprovecharon estas palabras ni razones para que no fuese condenado, y juntamente con él un ciudadano de Londres, llamado Hornero, por haber dado recado á algunos sacerdotes. A éste le sucedió una cosa notable la noche ántes que muriese, y fué, que estando rezando de rodillas en la cárcel oscura, con vela, vió sobre la sombra de su cabeza una corona, y ponién-

dose las manos sobre la cabeza, no halló cosa en ella.

Levantóse y comenzó á pasear para ver si aquella era imaginacion y engaño de la vista; mas, como él se movia, se movia tambien la corona sobre la sombra de la cabeza, y duró esta vision una hora, con la cual quedó él muy consolado, porque le pareció que con aquella señal el Señor le llamaba y le animaba al martirio. Y echóse bien de ver el dia siguiente el efeto deste regalo de Dios, porque murió con extraordinaria fortaleza y alegría.

Volviendo de España, este año de mil quinientos noventa, dos religiosos de la orden de santa Brigida (adonde habian venido á suplicar á la majestad del Rey Católico que socorriese al monesterio de las monjas inglesas de la misma orden, que está en Ruan de Francia, echado de su patria), y llevando muy buen despacho, y doblada la limosna que ántes les daba su majestad, fueron presos de los herejes de la Rochela, por traicion del capitán de la misma nave en que iban. En la Rochela fueron presentados al Principe de Biarne, y por su orden fueron examinados y tan maltratados por muchos dias, que si no fuera por un frances católico, que secretamente les dió de comer, murieran de hambre en la misma cárcel.

A cabo de muchos dias los mandó entregar Van doma á un hereje inglés, para que los llevase presos en su nave á Inglaterra, porque, como vió que eran pobres y constantes, y que no podia sacar dellos ni rescate ni aviso, quiso ganar gracias con la Reina de Inglaterra, enviándole este presente. El capitán de la nave inglesa á quien fueron entregados era hombre fiero y bárbaro, y tal, que no parece que tenia cosa de hombre, y así los trató con grande y extraña aspereza. Y para que los siervos de Dios padeciesen y mereciesen más, la navegacion de la Rochela á Inglaterra, que suele ser de muy pocos dias, duró sesenta, y en todo este tiempo, demas de andar los padres cargados de hierros y cadenas, y desabriganos y casi desnudos en lo recio del invierno, no les daban de comer sino unas pocas de habas saladas con agua, sin pan, y éstas en tan poca cantidad, que perecian de hambre. Era de manera, que los mismos herejes que iban en la nave lo decían al capitán; pero él era tan obstinado y tan enemigo de los religiosos, que no se movia por cosa que se le decia; ántes atribuía las tormentas y vientos contrarios que padecia su nave, al llevar en ella aquellos enemigos de Dios (que así los llamaba), y por esto trató algunas veces de echarlos en la mar, para que se ahogasen. Aunque, cuando estaban en algun grande peligro y necesidad, la propia conciencia le hacia conocer que eran amigos de Dios, y así les hablaba con blandura, pidiéndoles que rogasen á Dios que la nave se salvase, y prometiendo de tratarlos mejor. Mas como aquel sentimiento no nacia de virtud, sino de miedo, y era exprimido como por fuerza, en pasando el peligro volvía á su natural crueldad. Llegaron pasados dos meses, con muchos y largos

y penosos trabajos de la mar, y fueron recibidos en tierra con otros mayores de los herejes, los cuales los echaron luego en las cárceles, para apretarlos y consumirlos.

## CAPÍTULO V.

La muerte de Francisco Valsingamo, secretario de la Reina.

Murió en el principio del año de mil y quinientos noventa y uno Francisco Valsingamo, secretario de Estado de la Reina, el cual era hombre feroz, de condicion áspera y colérica, y tan grande hereje y tan celoso de extender la secta de Calvino en todas partes, que no se puede fácilmente creer. Con este diabólico celo se dió á perseguir cruelísimamente á los católicos; y como tenía grande mano en el gobierno por razon de su oficio y por el favor de la Reina y amistad del Conde de Lecestre, ejecutó muchas y muy grandes crueldades contra ellos. Pero en dos cosas se señaló más. La primera, en perseguir á los seminarios y á los sacerdotes que vivian en ellos. La segunda, en sembrar zizaña y discordias entre los príncipes, y pegar fuego en los reinos ajenos, para tener en el de Inglaterra quietud. El odio y aborrecimiento que este mal hombre concibió y mostró contra los seminarios, se ve por las cosas que hizo para arruinarlos, si pudiera; porque primeramente procuró que el Rey Cristianísimo de Francia echase de su reino á todos los ingleses católicos, y particularmente á los que estaban en el seminario de Rems; y no lo habiendo podido alcanzar, buscó forma para turbar y disgustar los ánimos de los mismos mozos que vivian en los seminarios, y sembrar entre ellos división y discordia. Tampoco esto le salió; ántes, habiéndose entendido su astucia y artificio, los mozos se confirmaron en su santo propósito y se unieron más entre sí, y del veneno de la víbora se hizo triaca. Despues desto, tentó de dar ponzoña al doctor Alano, que en aquella sazón era rector del colegio de Rems, y el principal autor y columna de los seminarios, pareciéndole que derribado este pilar, caería todo el edificio, y para esto envió algunos hombres, ingleses y de otras naciones, á Francia y á Italia; y aún pasó más adelante esta maldad, y trató de hacer emponzoñar las aguas que bebían los que moraban en estos seminarios, para acabarlos á todos de una vez. Pero, como el Señor se quiere servir dellos, y se han fundado con su bendición, no han podido todas las artes y malicias de los hombres empecerlos ni mellarlos. La otra cosa en que se desveló mucho Valsingamo fué (como dije) en pegar fuego y soplarle en los reinos y estados circunvecinos, en lo cual ponía extraña diligencia y medios exquisitos. Y para esto gastaba y derramaba su hacienda en espías, avisos, inteligencias y correspondencias que tenía en todas las provincias de católicos y herejes, cristianos é infieles. Por estos avisos, y por ser secretario de Estado, tenía entrada con la Reina, y le pintaba las cosas de manera, que le diesen gusto y no supiese más dellas de lo que á él le estaba bien para sus intentos

(que es uno de los daños que padecen los príncipes de sus privados, cuando no son los que deben). Pero estando Valsingamo en esta pujanza y prosperidad, y viviendo con grande fausto, soberbia y regalo, y habiendo gastado toda su hacienda y la de otros sus amigos por servir á la Reina y perseguir á los católicos, cargado de deudas, le hirió Dios y le visitó con un apostema vergonzosa y horrible que se le hizo en las entrañas, con la cual, como otro Antiocho ó Maximino (1), acabó su triste vida, y comenzó la muerte sin fin, quedando todos los católicos de aquel reino haciendo gracias á nuestro Señor que los hubiese librado de las manos de verdugo tan cruel, y enseñado con su muerte á todos los hombres que no se fien tanto de la felicidad temporal, ni piensen que ha de durar para siempre lo que es caduco, breve y momentáneo.

## CAPÍTULO VI.

De las cruces que aparecieron en Inglaterra.

En este mismo año de mil quinientos noventa y uno, á los veinte y tres de Abril, día de San Jorge martir, patron de Inglaterra, hácia la tarde, en el condado de Norfolcia, que es del reino de Inglaterra, apareció en el cielo un círculo grande, con otros dos menores y tres soles, cada uno en el suyo. El de enmedio era más claro y resplandeciente, los otros dos de los lados no daban tanta luz, aunque era bastante para alumbrar la noche. El sol de enmedio estaba rodeado de un círculo pequeño, que miraba hácia la parte de Occidente y cortaba el círculo mayor. Dentro deste círculo mayor habia otro menor, y en él una cruz, á manera del aspa de san Andres, entre el Norte y Mediodía. Debajo deste círculo menor, hácia la parte de Oriente, y opósita del sol de enmedio, habia otra cruz, tambien de san Andrés, pero mayor que la otra y más clara, que tambien partía el círculo mayor. Estos círculos y cruces vieron muchos claramente, á lo que de Inglaterra hombres graves escribieron. Sobre esta aparicion de cruces se hicieron muchos discursos y varias interpretaciones; y el padre maestro fray Alonso Chacon, de la órden de los predicadores, escribió é imprimió en Roma un tratado acerca della y de otras semejantes apariciones, especialmente de las cruces que en el mes de Mayo siguiente del mismo año se vieron en las ciudades de Burges y Amian, y en otras ciudades y villas de Francia, y en la misma ciudad de París, donde se vieron muchas cruces en diferentes dias y templos, en las sobrepellices, albas, casullas, toallas de los altares y en los corporales, y algunas dellas tan pegadas, que no se podían saudir ni quitar con ninguna arte ni diligencia. Lo que el Señor quiso significar con estas cruces. El solo se lo sabe; porque, aunque suele su divina Majestad despertar á los hombres con estos prodigios, no quiere declararles siempre su voluntad, para que se sujeten

(1) II, Mach., ix; Euseb., *Histor.*, lib. III, cap. xxviii.

á Él y estén pendientes de su inefable y secreta providencia. Lo que yo puedo decir es, que la cruz siempre es señal de alegría y consuelo para los que son amigos della, y de tristeza y pena para sus enemigos.

Bien sabemos que la cruz que vió Constantino (1) en el cielo cuando iba á hacer guerra á Magencio, tirano, fué señal de la vitoria que Dios le quería dar y le dió por virtud de la misma cruz, y que por esto le dijo la voz del cielo: «Constantino, en esta señal vencerás» (2). Y tambien sabemos que la cruz que, siendo san Cirilo patriarca de Hierusalén, apareció sobre el monte Calvario, y se extendia hasta el monte Olivete, fué señal de muchas y muy ilustres vitorias. Y porque hablamos de Inglaterra, el año de ochocientos y diez y nueve, haciendo guerra Hungo, rey de los pictones, contra Athlestano, rey de los ingleses, y viendo su peligro, suplicó al apóstol san Andres que le favoreciese en aquella batalla que le quería dar, y el santo apóstol le apareció, y le prometió que el día siguiente alcanzaria la vitoria (como la alcanzó), y para confirmacion desta verdad, apareció en el cielo una cruz de san Andres muy clara y resplandeciente sobre los reales de los pictones.

Y estando el valeroso capitán general Alonso de Alburquerque, con su armada de Portugal, en la isla llamada Camarena (3), que es en el estrecho del mar Bermejo, á la parte de Occidente, pegada al reino del Preste Juan, le apareció en el aire el estandarte de la santísima cruz resplandeciente, el cual adoró él y todos sus soldados y marineros con grandísima reverencia y celestial consuelo, tomando esta señal divina por prendas ciertas de las vitorias que el Señor les quería dar contra los gentiles y bárbaros de la India, en la cual, con la conversion de los moradores della, se habia de plantar y reverenciar la cruz en que el mismo Señor habia vencido y triunfado de sus enemigos.

Y otros muchos ejemplos se hallan en las historias sagradas y profanas, antiguas y modernas (4), que nos declaran esta verdad; y las mercedes que nuestro Señor ha hecho á su Iglesia, dándole la cruz por prendas que se las quería hacer. Y al contrario, tambien leemos que muchas veces aparecieron las cruces para espanto y castigo de los malos, como aconteció á Juliano Apóstata cuando, para perseguir á los cristianos y favorecer á los judíos, quiso tornar á edificar el templo de Hierusalén, y teniendo ya abiertos los cimientos y todos los materiales á punto para comenzar la obra, el fuego del cielo los consumió, y en los libros y vestidos de los cristianos y de los judíos y gentiles apare-

(1) Euseb., lib. *De vita Constan.*, capítulos xxii, xxiii y xxiv. Greg. Nazian., orat. iv, in *Julianum*.

(2) Nicep., lib. vii, cap. xlix. Sozom., lib. iv, cap. iv. Hector Boetius, *Hist. Scotor.*, lib. x, pág. 199, et Joannes Leslaus, *De gestis Scotor.*, pág. 179.

(3) Los *Anales de Portugal*, y Mafeo., lib. v, *Historia de las Indias*.

(4) Sócrates, lib. iii, cap. xvii. Nicep., lib. x, capítulos xxxii y xxxiii. Cedrenus, pág. 232. Ruf., lib. x, capítulos xxxviii y xxxix.

cieron muchas cruces negras, las cuales los judíos y gentiles no podían quitar. Y todo esto fué para castigo del perverso y malvado emperador, que con tanto artificio é impiedad hacia guerra á la cruz y al Señor, que murió en ella por nuestro amor.

Pero mi intento no es referir aquí lo que se halla en las historias acerca de las cruces que en diversos tiempos y con varios efectos han aparecido (véalo quien quisiere en el tratado que he dicho del padre fray Alonso Chacon); sólo pretendo decir lo que en Inglaterra sucedió en este tiempo, que en ella se derrama tanta sangre de los católicos, para animarlos á ellos y á los de Francia que no desmayen con esta tempestad que padecen, por más brava y espantosa que sea, sino que se abracen con aquel Señor que murió en la cruz por darnos vida, y por medio della conquistó el mundo y rindió los corazones de los gentiles, derribó la idolatría y venció la muerte, mundo é infierno.

En el año del Señor de quinientos y veinte y nueve (5), siendo emperador Justiniano Segundo deste nombre, hubo en Antioquia un terremoto horrendo, que asoló casi toda la ciudad y obligó á los moradores della á salir de sus casas descalzos, con grandes gritos y alaridos, pidiendo misericordia al Señor. Fué revelado á un santo y religioso varón que sobre las puertas de las casas escribiesen estas palabras: *Christus nobiscum: state*. Cristo está con nosotros; teneos y estad quedos. Y con esto solo se aplacó la ira de Dios y cesó de temblar la tierra. Y lo mismo aconteció á san Eutimio, patriarca de Constantinopla, cuando siendo echado con violencia de su silla, vió en una isla, donde la tormenta le habia arrojado, una cruz en la pared, con esta letra: *Christus nobiscum est: state*. Y con esto quedó consolado y lo habemos de quedar todos los católicos, pues sabemos que Cristo está con nosotros, y que lo estará hasta la consumacion del mundo, como él mismo lo dijo y nos lo tiene prometido, y que en virtud desta señal del cielo, se ablandarán los vientos y se amansarán las hondas, y la tempestad se convertirá en bonanza, y vendrá tiempo en que, estando la mar como una leche, será hollada de los constantes siervos del Señor y verdaderos hijos de su esposa la santa Iglesia.

## CAPÍTULO VII.

La entrada de algunos sacerdotes del seminario inglés de Valladolid en Inglaterra, y lo que della sucedió.

Entraron en este tiempo en Inglaterra once ó doce sacerdotes ingleses, que eran las primicias del seminario que en Valladolid el Rey Católico y otros señores y personas piadosas sustentan con sus limosnas, como adelante se dirá. Entraron, como snelen, disfrazados, y cuatro dellos, que iban en hábito de marineros y grumetes, fueron presos y llevados á la córte y presentados al Almirante, el cual los dió por libres por la buena razon que su-

(5) Nicep., lib. xvii, cap. iii, et lib. xxiv, cap. xxxiv. Cedrenus, pág. 303.

pieron dar de sí. Pero despues que se supo el engaño, y con todas las diligencias que usaron los herejes no pudieron haberlos en las manos, y entendieron que tras los que ya habian entrado, se aparejaban otros para entrar y seguir á los primeros, no se puede creer el susto y pasmo que tuvieron los del Consejo de la Reina, como si ya todo su reino estuviera conquistado de los enemigos y perdido. Para vengarse de los que ya estaban dentro del reino, y espantar á los que querian venir á él, determinaron de martirizar á dos sacerdotes del seminario de Rems que tenian presos; el uno se llamaba Jorge Bisley, mozo de grande ánimo y valor, y el otro Monfredo Escoto, hombre de rara virtud y santidad, que habia trabajado muchos años en aquella viña, con aprovechamiento de innumerables ánimas, y en pago de sus trabajos recibió este galardón del Señor. El uno y el otro murió con grande constancia, confesando públicamente nuestra santa fe católica, y rehusando el perdón y favor de la Reina, que les ofrecia.

Otros mártires se hicieron en diversos lugares y provincias de Inglaterra por este tiempo, los cuales escribí más particularmente uno de los sacerdotes que andan en ella, en una carta, que me ha parecido poner aquí:

«Aquí, dice, la fruta ordinaria de cada día son muertes, martirios, tormentos, cruces, cárceles; y todas las cartas que de acá se os envían no pueden ser de otra materia, sino de las calamidades y miserias que padecen los católicos, ni tratar sino de las muertes que se dan y de la mucha sangre que se derrama. No se ha mudado el rostro y figura en Inglaterra; el mismo es que solía el furor de los herejes, y la rabia con que persiguen á los católicos; pero bendito sea el Señor, que también el vigor dellos y su constancia es el que siempre ha sido. Y así, vuestra reverencia no aguarde en mis cartas argumento nuevo y no oído; porque los tiempos son tales, que ya no tratan los herejes de la muerte y martirio de los siervos de Dios, sino de los tormentos que les han de dar, y del género de muerte con que los han de acabar.

«En la ciudad de Yorke, este mes de Abril, Roberto Therio, sacerdote, que fué colegial del seminario de Rems, peleó valerosamente y acabó su curso felicisimamente, y acompañóle al sacrificio Tomas Batinsono, lego, que fué su compañero en vida y muerte y en la gloria del martirio, y le habia muy bien ayudado á trabajar en la viña del Señor.

«En Vintonia, asimismo en el mes de Julio, sucedió otro martirio semejante á éste, con pública fiesta y aplauso de todos los católicos; porque un sacerdote llamado Rogerio Kinsonio, y un lego casado, por nombre Rodolfo Milnero, murieron por la fe con grande constancia y fueron á gozar de Dios. Y amonestando el juez á Rodolfo que volviese en sí y tuviese cuenta de su mujer, moza, y de ocho hijos que tenía, y que con ir á la iglesia de los calvinistas una sola vez, le perdo-

»naria y librería de la horca en que estaba, respondió con grande ánimo y espíritu que no era tan loco, que por una cosa de tan poca sustancia como era la mujer y los hijos, quisiese perder á Dios. Verificándose en él lo que Cristo, nuestro redentor, dijo: que el que no aborrecía al padre y á la madre, y á la mujer y á los hijos, y áun á sí mismo, por su amor, no era digno dél.

«En el mismo lugar y tribunal fueron condenadas siete doncellas nobles por haber recibido al dicho sacerdote en su casa para decir misa, y como los jueces, viéndolas, no se atreviesen á ejecutar la sentencia de muerte contra ellas, pareciéndoles que para espantarlas bastaba haberla pronunciado, y las mandasen volver á la cárcel, comenzaron ellas con grande abundancia de lágrimas á dar voces, y á rogar y pedir con mucha instancia á los jueces que ejecutasen la sentencia, y no las apartasen de su dulcísimo Padre, porque era justo que, pues habian sido compañeras en el delito, lo fuesen en la muerte, y que esperaban en Dios que, como les habia dado ánimo para hacer lo que habian hecho, se le daría también para morir gloriosamente por su santa fe católica. ¡Oh mujeres no mujeres! ¡Oh pechos varoniles y fuertes! ¡Oh flaqueza humana y fortaleza de Dios!

«En Lóndres, el mismo mes, murieron otros dos sacerdotes con maravillosa alegría y constancia, y edificación de sus hermanos. El uno se llamaba Jorge Beseleyo, el cual, ántes que le matasen, fué atormentado con varios y exquisitos tormentos para que dijese con qué católicos habia tratado y de quién habia sido recibido y hospedado; pero, por mucho que le apretaron, nunca pudieron sacar cosa dél.

«Con Beseleyo padeció la muerte el gravísimo y santísimo varon Monfredo Escoto, sacerdote, con tan grande suavidad de su espíritu y modestia, que los mismos herejes se espantaron; por donde el principal caudillo de todos estos sayones de la Reina despues se alababa, y decia que habia hecho un grande beneficio al reino y servicio á la Reina, por haberle quitado de delante un papista tan devoto y tan extenuado con penitencias, ayunos y vigiliias.

«En la Torre de Lóndres, este mes de Agosto, echaron preso á Tomas Pormorto, colegial del seminario de Roma, y le pusieron en la cámara del tormento.

«En la misma torre está ahora preso el nobilísimo caballero Tomas Fikiharbe, el cual, habiendo hecho heredero á un sobrino suyo de sus bienes, el mal sobrino, por gozar dellos, acusó á su tío que habia recibido en su casa á un sacerdote, y siendo ya de ochenta años, desea y espera cada día la felicísima muerte de su martirio.

«Mas como á rio vuelto es la ganancia de los pescadores, por los muchos peces que concurren, así Dios nuestro Señor, en medio destas aguas turbias y persecuciones de los católicos, nos consue-

»la con la pesca abundante que tenemos. En Lón-

»dres habemos estado juntos sesenta sacerdotes, administrando los sacramentos, predicando muy á menudo, reconciliando al gremio de la santa Iglesia cada día algunos; y para no alargarme, nuestro carísimo hermano Tomas Estauco, que fué de vuestro colegio, en una sola provincia ha ganado para el Señor trescientas ánimas. Y yendo la Reina á holgarse estos días á esta provincia, el Conde de Herfordia, que es el capitán de los puritanos, le dijo que él podría salir á recibir á su majestad, cuando fuese menester, con mil y doscientos papistas de aquella provincia, de los que no quieren ir á las iglesias de su religion. Ésta es la esperanza que tenemos, éste nuestro consuelo, el ver que las cosas espirituales nos suceden prosperamente, y que cada día se aumenta el número de los fieles; y también el ver la division grande que hay entre los mismos herejes, y que los puritanos persiguen terriblemente á los protestantes, y que los consejeros de la Reina y los capitanes de mar y de tierra principales andan discordes y traen bandos y capitales enemistades entre sí. Ésta es la carta del sacerdote.

## CAPÍTULO VIII.

De tres falsos profetas puritanos que se levantaron en Inglaterra.

En el mismo tiempo que en Lóndres se martirizaban tantos sacerdotes y legos católicos, se levantaron tres herejes puritanos de espíritus y costumbres bien diferentes. Éstos publicaban que eran profetas de Dios, enviados dél para remedio de aquel reino. El primero, llamado Copengero, decia que era profeta de misericordia. El segundo, cuyo nombre era Ardentono, afirmaba ser profeta de justicia y de venganza. Y el tercero, que se decia Harqueloto, representaba á Cristo. Subieron en la plaza de Lóndres en unos carros, y llamando la gente á grandes voces, les propusieron quienes eran y á qué venían, y hablaban muy mal de la religion y gobierno de la Reina, reprensiéndola ásperamente porque se fiaba del Arzobispo de Cantuaria y del caballero Hatton, gran chanciller del reino, los cuales decian que eran reprobados de Dios y dignos de muerte, y traidores á la Reina y á la república, por ser contrarios á su secta de puritanos. Decían más: que la Reina habia de ser castigada y privada de su reino y estado; aunque el profeta de misericordia añadió que Dios habia determinado de hacer este castigo en el cuerpo de la Reina, y que su ánima se salvaría. Hecho esto, el Cristo fingido quebró una figura de la Reina, con grande admiracion y turbacion de los que allí estaban presentes; y porque eso parecia ser principio de alguna rebelion y alboroto concertado entre los puritanos, le prendieron y le ahorcaron en la plaza principal de Lóndres, á siete de Agosto de mil quinientos noventa y uno. A los otros dos echaron en la cárcel de los locos, azotándolos cada día para que asesasen y revocasen las profecias que habian dicho contra la Reina, lo cual ellos no quisieron hacer; y así, se entiende que murieron en la cárcel.

## CAPÍTULO IX.

La muerte de Cristóbal Hatton, cancelario del reino.

Los falsos profetas puritanos acabaron, como habemos dicho, y Cristóbal Hatton, cancelario del reino, contra el cual principalmente enderezaban sus palabras, acabó también en breve su jornada, porque murió á los diez y siete de Octubre de aquel mismo año. Habia subido á aquella tan alta dignidad por favor de la Reina, que siendo él mozo de muy linda gracia y aspecto, y estudiante, y representando, con otros compañeros suyos, una comedia delante della, con tanta gracia hizo su parte, que la Reina se le aficionó extrañamente; y comenzándose á servir dél, de grado en grado le subió á los más altos officios, y lo colocó en la suprema dignidad del reino. Era el cancelario más moderado que los otros sus compañeros, y á lo que se entendia, católico en su corazón, y enemigo de la sangre que dellos se derramaba. Mas, por otra parte, se habia entregado de tal manera á la voluntad de la Reina, y deseaba tanto agradarle y servir (por no caer de su favor y privanza), que no se atrevia á decirle la verdad, ni á repugnar á los otros del Consejo, que en las cosas tocantes á nuestra religion eran más violentos y crueles. Que éste es otro género de hombres y ministros de los reyes, que miden sus acciones con la voluntad, buena ó mala, de sus amos, y no con la justicia y la razon; y por no perder la gracia del Príncipe, pierden la de Dios, y piensan que no tienen culpa en lo que se hace mal, porque no les agrada lo que se hace. Mas el que hace mal y el que lo consiente (como dice san Pablo) merecen la misma pena, y muchas veces para con Dios el no decir la verdad es venderla. Vino Hatton á ser muy rico y poderoso, y deseando casarse para tener hijos y dejarles la mucha hacienda que habia amontonado, nunca la Reina se lo

consintió, y por esto, y mucho más por lo que he dicho, todos los cuerdos le tuvieron por desdichado é infeliz, aunque el vulgo inorante, que miraba aquella sola representación y fausto con que en sus ojos resplandecía, le llamaba bienaventurado. Visitóle (á lo que se escribió) algunas veces la Reina, y asistióle los postreros dias de su enfermedad, y procuró que fuese curado con todo cuidado y regalo; mas no pudo librarle de la muerte, que, á lo que se sospechó, fué de veneno, ni ahora podrá librar su triste ánima del infierno.

He hecho particular mención en esta historia del Conde de Lecestre, de Valsingamo y de Hatton, por haber sido de los principales ministros de la Reina, y sus queridos y privados, y los que, por darle gusto y mostrarse más celosos de su servicio, se señalaron más contra nuestra santa religion, ó impugnándola como crueles enemigos, ó no la defendiendo como falsos amigos, para que por estos ejemplos aprendan los ministros y privados de los reyes lo que deben hacer para cumplir con Dios primero, que los puso en aquel lugar, y despues con sus señores, que fian dellos su honra y conciencia, y la justicia y quietud de los reinos, y saquen de los sucesos ajenos lo que á ellos les puede suceder, y de la brevedad y vanidad de la prosperidad que otros tuvieron, lo poco que les ha de durar la que ellos tienen, para que de tal manera vivan y se gobiernen, que cuando ella se acabare no se acabe su felicidad.

#### CAPÍTULO X.

El edicto que publicó la Reina contra los sacerdotes y católicos, y las muertes dellos.

A los diez y siete de Octubre murió el Cancelario, y luégo el dia siguiente, que fué á los diez y ocho, se publicó un edicto de la Reina contra los católicos, el más bravo y riguroso de cuantos hasta aquel tiempo se habian publicado. Entendiése que el Cancelario, por ser (como dijimos) más moderado y aficionado en su corazon á los católicos, habia detenido la publicacion deste edicto, por tenerle por cruel y perjudicial á todo el reino, y porque no queria que Gulielmo Cecilio, tesorero general, que era el autor dél, mandase tanto y se apoderase de los negocios del reino, y favoreciese á banderas desplegadas á los herejes puritanos, como lo hacia; pero en muriendo el Cancelario, como quedó Cecilio solo al timon y sin estorbo, salió con su intento y hizo que se publicase el edicto, el cual es tan extraño y bárbaro, y lleno de tantas mentiras y disparates, que basta leerle para entender esto ser así; y despues de haber dicho algunas cosas que pertenecen á la continuacion y cumplimiento desta historia, pondrémos la suma dél en su lugar.

Publicó la Reina su edicto, y luégo, para ejecutar las penas que en él se contienen contra los católicos, envió sus comisarios y pesquisadores por todo el reino para que los inquiriesen y buscasen con increíble diligencia, y con no menor crueldad los castigasen. Con esto, la persecucion y afliccion que

padecian los católicos, aunque era antes muy terrible y como un rio caudaloso y arrebatado, con la avenida deste edicto salió como de madre y se embraveció, y llegó á un punto tan subido, que solos los que la padecen la pueden creer.

Entre los otros que martirizaron en Lóndres, fué uno el padre Pateson, sacerdote del seminario de Rems, al cual, la noche antes que le diesen la muerte, le echaron en un calabozo muy hondo, entre siete ladrones, que el dia siguiente habian de morir con él. Y fué nuestro Señor servido de dar su espíritu á este su siervo, de manera que convirtiese á seis dellos á nuestra santa fe (porque que eran herejes), y así murieron protestando que eran católicos, y confesando nuestra santa fe con grande paciencia y alegría suya, y edificacion y esfuerzo de los católicos que estaban presentes, y enojo y rabia de los herejes, los cuales, para vengarse del sacerdote que los habia convertido le abrieron vivo y le hicieron cuartos con bárbara crueldad, y tiranía. Que es semejante á lo que leemos en el *Martirologio romano* (1), de siete ladrones mártires, los cuales fueron convertidos á la fe por san Jason y san Sosipatro, que estaban presos con ellos, y despues animados á morir por Jesucristo.

Tambien en la ciudad de Norvico martirizaron á otro sacerdote, que prendieron en casa de un caballero llamado Gray, al cual echaron en el castillo de Lóndres. Y antes habian martirizado en la misma ciudad de Lóndres á siete juntos, tres sacerdotes de los seminarios de Rems y de Roma, y cuatro legos, dos caballeros y dos criados suyos, por haber tratado con los dichos sacerdotes.

Martirizaron asimismo en Lóndres á otro sacerdote muy mozo y de aspecto angélico, cuya muerte causó grande sentimiento, no solamente por lo que tocaba á su persona, sino porque tambien dieron la muerte á una señora muy principal, hija de millor Copley y casada con un caballero de mucha estofa, sólo por haberle hospedado en su casa. Era esta señora muy moza, pero de grande celo en las cosas de la religion, y así murió con grande resolucion, rehusando el perdon y la vida que los ministros de la Reina le ofrecieron á ella y al sacerdote, si quisiesen ir á sus sinagogas. Al sacerdote hicieron cuartos y á ella ahorcaron, con lástima grande de todos. Con el furor desta tan grande tempestad, muchos caballeros y personas de respeto, católicas, han dejado sus casas y retirádose, quién á Irlanda, quién á Flándes, quién á otros lugares remotos y seguros; y muchos estudiantes hábiles y católicos de las universidades de Cantabrigia y Oxonia, entendiendo, por el edicto de la Reina, que hay seminarios de ingleses fuera de Inglaterra, han salido della para buscarlos y vivir en ellos como católicos, y volver á su patria de la manera que adelante se dirá. Lo cual ha dado mucho que pensar á los del Consejo de la Reina, viendo que se deshacen

(1) Veinte y cinco de Abril, y los griegos hacen mención dellos en su *Menologio*.

sus trazas, y que no aprovechan nada sus espantos y tormentos, y que por medio dellos la fe católica prevalece.

Así como los herejes muestran lo que son en lo que hacen, así el Señor manifiesta quién es en la virtud que da á los católicos para resistirles y vencerlos, y más á mujeres tiernas y flacas, que á imitacion de las santas antiguas, se han mostrado verdaderas hijas de la Iglesia católica en la pérdida de la hacienda, de la honra y de su libertad, en los tormentos y en la misma muerte, como se ve en el ejemplo desta señora que acabamos de decir, que quiso antes morir en una horca que reconocer á la Reina por cabeza de la iglesia de Inglaterra, y en el de las otras siete doncellas que tenían por género de muerte no morir por la misma causa, como queda referido. Y para que esto mejor se entienda, quiero en el capítulo siguiente tratar de la constancia de algunas otras mujeres, que, por no perder la fe católica, tuvieron por ganancia la pérdida de sus haciendas, la afrenta por honra, la cárcel por suma libertad, y la muerte cruel por regalo y principio de eterna vida.

#### CAPÍTULO XI.

De algunas mujeres principales que por la fe católica perdieron sus haciendas, honras y vidas.

Entre los otros ministros de la Reina que más cruelmente han perseguido á los católicos, ha sido Emundo Trafford, caballero noble por sangre, pero pobre y muy ostinado de la secta de Calvino. A éste hicieron comisario de la provincia de Maucetre, y él, parte por el aborrecimiento que tenía á nuestra santa religion, y parte porque con la hacienda de los católicos esperaba salir de necesidad, se determinó de ejecutar su oficio de manera que la Reina quedase satisfecha de la buena voluntad con que, por servirla, perseguía á los católicos, y su casa acrecentada de bienes y favor. Porque la primera cosa á que los ministros de la Reina echan ojo es, que los católicos en quien quieren hacer presa sean hombres que tengan sustancia, de la cual ellos se puedan aprovechar. Deseaba mucho el comisario Emundo afligir á una señora que se llamaba Alana Roseahl, cuñada del cardenal Gulielmo Alano, que habia sido casada con su hermano, del cual, ya difunto, le habian quedado tres hijas, que se llamaban Elena, Catalina y María, y la mayor era de diez y seis años. Deseábalo por saber que era grande católica y favorecedora de los sacerdotes católicos, y porque, no pudiendo haber á las manos al cardenal Alano, queria vengarse dél en persona que tanto le tocaba. Ella fué avisada de la venida y ánimo del comisario, y para armarse de Dios contra el impetu de Satanás, oyó misa y comulgó en ella, y suplicó á nuestro Señor que le diese fuerzas para entrar en la batalla con sus enemigos, y perder antes la hacienda y la vida que faltar un punto á lo que debia á mujer cristiana y católica; teniendo por muy grande merced la ocasion de padecer por su santo nombre. Hecho esto, que

fué lo primero y lo principal, determinó de esconderse en alguna parte segura y sin sospecha, y dejar á sus tres hijas para que guardasen la casa y hacienda, de la cual les habia hecho donacion. La mañana, pues, de los Reyes, los ministros de la Reina, con grande tropel de gente perdida, entraron en la casa desta señora, y se hicieron dar todas las llaves y armas que habia en ella, y tomaron juramento á los criados para saber dónde estaba su señora; y como viesen un retrato de un caballero, que estaba en una pieza, pensando que era del doctor Alano, fué tanta la rabia que les vino, que diciendo contra él mil injurias y baldones, comenzaron con los puñales á dar en el retrato y á hacerle pedazos, y echádole en el suelo, á pisarle con los piés. Despues, habiendo buscado todos los rincones de la casa y cogido todo lo bueno que habia en ella, hasta los vestidos de aquellas tres honestísimas doncellas, y en otra casa mil y quinientos ducados (que la buena madre habia escondido para remedio dellas en caso que les sucediese alguna desgracia), se quedaron muy despacio en la misma casa, así por comer y destruir todo lo que en ella habia, como porque esperaban que con este entretenimiento descubrirían dónde estaba la buena madre. Ella fué avisada de todo lo que pasaba, y viendo que aquellos sayones se estaban muy de asiento en su casa, olvidada ya de los bienes que habia dejado en ella y de todo lo demas, sólo tenía cuidado de sus hijas, temiendo que no se les hiciese algun agravio, ó que ellas, asombradas de los espantos de los herejes, no hiciesen ó dijese alguna cosa que desdijese de la santa institucion en que ella las habia criado. Con esta ansia y solicitud las avisó de lo que habian de hacer para huir y librarse de las uñas de aquellos leones, entre los cuales estaban como unas corderas, acordándose siempre de los consejos de su madre y animándose entre si para perder antes la vida que la fe católica; y buscando algun camino seguro ó ménos peligroso para escaparse, fué nuestro Señor servido que, queriéndolas ya llevar presas, les dió tiempo oportuno y una maravillosa comodidad para que, estando durmiendo las guardias, á media noche, las tres doncellas se saliesen por la puerta de su casa sin ser sentidas, y yendo hácia la ribera, hallasen un barco que Dios les tenía aparejado, con el cual pasaron de la otra parte del rio, andando fuera de camino, sin osarse descubrir á nadie por no caer en manos de algun hereje. Finalmente, al cabo de catorce dias de trabajo y afan, llegaron adonde estaba su buena madre, más muerta que viva, suspensa entre la esperanza y el temor de lo que habia de ser de sus hijas, aunque siempre muy confiada en la bondad de Dios, que nunca desampará á los que confían en él, y por su amor y celo de su religion quieren antes perder todo lo que tienen en esta vida que apartarse un punto de su santa fe.

No bastó este gozo tan grande que la madre tuvo de ver fuera de peligro á sus tres hijas, para perder el cuidado de su sustento y remedio dellas,